

TENDENCIAS GENERALES EN LA TOPONIMIA DEL NORTE GRANDE DE CHILE¹

Guillermo Latorre

University of Southern Indiana

Resumen

En este trabajo el autor se propone examinar las facetas más salientes de la preponderancia del sustrato indígena en la toponimia mayor del Norte Grande, asunto poco o nada tratado en descripciones del español de Chile. Pasa revista a voces como *Arica, Chañaral, Iquique, Taltal, Tocopilla, Chuquicamata, Andes, Antofagasta, Calama, Pica, Loa* y otras. Finalmente, da algunas explicaciones de esa marcada presencia de topónimos autóctonos a pesar de cinco siglos de dominio español.

Abstract

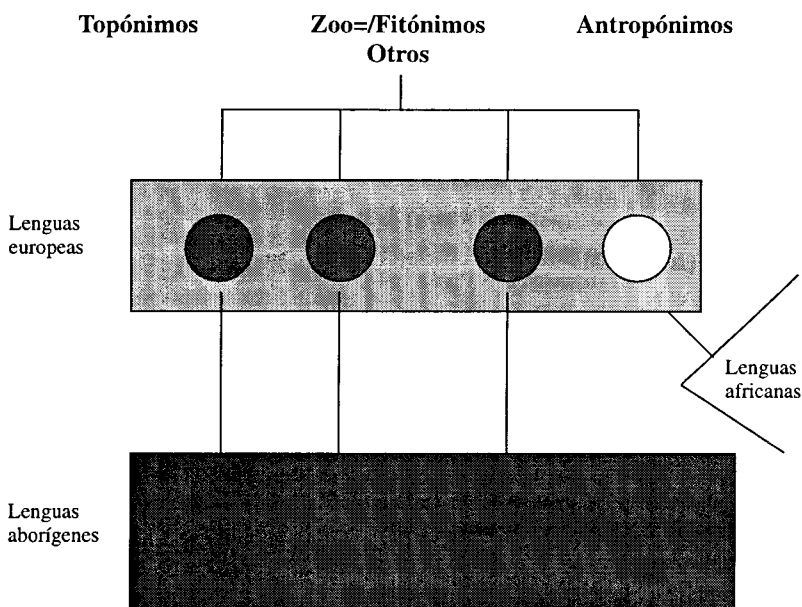
(In this paper, the author examines the most salient features of the prevalence of indigenous backgrounds in the toponymy of Northernmost Chile, an aspect barely tackled, or simply neglected, in the descriptions of Chilean Spanish. The author reviews terms such as Arica, Chañaral, Iquique, Taltal, Tocopilla, Chuquicamata, Andes, Antofagasta, Calama, Pica, Loa, and others. Also, some explanations are offered that may justify the notorious presence of native placenames, in spite of five centuries of Spanish domination).

INTRODUCCIÓN

El siguiente panorama lingüístico es común a todas las naciones americanas, norteñas, centrales, caribeñas y sureñas: una lengua europea ha desplazado a una gran variedad de idiomas nativos para alcanzar la condición de lengua oficial. No obstante, las lenguas aborígenes han dejado una marca permanente en el léxico dominante en forma de zoónimos, fitónimos, antropónimos y topónimos. La situación actual puede ser resumida gráficamente por medio de un diagrama generalizado de estratificación (**Figura 1**). Los estudios del

¹ Agradezco la especial cooperación del profesor Roberto Lehnert S., Universidad de Antofagasta. Quede él exento de todo error de comisión y omisión en este trabajo.

Figura 1
Relaciones actuales entre lenguas aborígenes y europeas en América Latina
(nivel léxico)



español americano (y, dentro de éste, del español de Chile) caracterizan los dialectos americanos como distinguibles, en buena parte, por la influencia de las varias lenguas que se hablaban en el continente con anterioridad a la Conquista. Dentro de esta influencia se destaca la importancia del léxico, especialmente en materia de nombres comunes y sus derivados.

Sin embargo, al privilegiar los nombres comunes, estos estudios descuidan aquellos aportes autóctonos cuya presencia se hace sentir con mayor fuerza que los nombres comunes. Nos referimos a los topónimos, nombres propios totalmente ausentes de algunas acuciosas descripciones o mencionados al pasar en otras (Hardman 1982: 147-148, Sala, Munteanu y otros 1982, Rabanales 1982, Wagner 1982, *inter alia*). La omisión por Sala y colaboradores es notable tanto por lo extenso del corpus presentado como por la inclusión de un análisis onomasiológico que, a pesar de su precisión, ignora por completo los nombres autóctonos de lugares (Sala, Munteanu y otros 1982: 301-303).

Otros análisis dialectológicos enfocan el aporte vernáculo exclusivamente desde la perspectiva de los sustantivos comunes e indi-

can que con frecuencia se exagera la importancia de dichos aportes, los cuales en realidad estarían sujetos a fuertes restricciones geográficas y sociales (Zamora y Guitart 1982: 153-155; Moreno de Alba 1987: 98-100). Solamente un tratadista hace mención pasajera de los topónimos aborígenes (Montes Giraldo 1982: 108). No dejan de llamar la atención tales omisiones o alusiones pasajeras puesto que los topónimos aborígenes, a diferencia de los nombres comunes de origen similar, no conocen limitaciones: se encuentran en los cuatro niveles clásicos en la norma de cualquier dialecto hispanoamericano (Rabanales 1981: 447-448) y son, por consiguiente, vocablos de uso más frecuente que los sustantivos comunes incluidos tanto en glosarios y diccionarios de términos indígenas como en monografías sobre el español americano.

El trabajo que ahora se inicia forma parte de un estudio más amplio, el cual persigue tres objetivos principales:

1. Estudiar las tendencias generales de la toponimia a nivel de todo Chile.
2. Documentar el aporte de varias lenguas a la toponimia nacional y a la caracterización del dialecto chileno del español americano.
3. Documentar la manera como la influencia de estas lenguas varía de región a región.

En síntesis, se busca una perspectiva nacional amplia que permita “asumir actitudes generalizadoras respecto a tendencias onomásticas” (Quiroga Salcedo 1991: 855). Dentro de esta perspectiva estudiaremos acá las facetas toponímicas más salientes correspondientes a las Regiones I y II, según la actual división administrativa del país. Este sector será definido en forma más precisa en la sección siguiente de este trabajo.

SOBRE ÁREAS Y ESCALAS

La información disponible ha sido organizada siguiendo las clásicas cinco regiones naturales que los geógrafos observan en Chile continental: Norte Grande, Norte Chico, Chile Central, Sur de Chile y Chile Austral (Toledo y Zapater 1989: 21).²

² Estas divisiones algo tradicionales corresponden muy bien a los geosistemas o ambientes naturales existentes en el país, a saber: (a) árido, (b) semiárido, (c) templado o mediterráneo, (d) templado húmedo, (e) templado húmedo frío, oceánico o subantártico. A estas cinco divisiones corresponde agregar el ecosistema antártico y el ambiente oceánico (Toledo y Zapater 1989: 50-106).

El foco del presente análisis será la toponimia de la zona comprendida entre los 17 y los 27° S aproximadamente (Toledo y Zapater 1989: 59), el llamado Norte Grande. Esta división geoclimática constituirá el **área** de nuestro estudio.

Un análisis de toponimia a nivel regional debe dirigirse hacia las orientaciones principales de la toponimia mayor, es decir, hacia los *designata* para regiones, cordilleras, lagos, ríos, golfos y canales, montes y ciudades más importantes incorporados en mapas a gran escala, dejando las designaciones para lugares menores (esteros, lagunas y tranques, promontorios, caletas, calles y plazas, etc.) como recurso auxiliar. La información cartográfica para este trabajo provendrá generalmente de mapas a escala no inferior a los 8 km por cm. Un buen ejemplo de esto son los mapas publicados en el ARCh (*Atlas de la República de Chile*) y la *Guía* (*Guía Turística de Chile Norte 1994*). Este será el límite inferior de la **escala** cartográfica que utilizaremos. El supuesto para tal limitación es que datos de cartas más detalladas no alteran fundamentalmente las tendencias generales delineadas aquí.

EL APORTE AUTÓCTONO PRINCIPAL

Basta un vistazo superficial para constatar que la toponimia mayor del Norte Grande está dominada por lenguas no-hispanas, especialmente en lo que toca a los nombres de las ciudades y pueblos principales, los montes más altos, el río más importante y las regiones más extensas. Corresponde indicar, eso sí, que existe considerable incertidumbre en torno a los verdaderos orígenes y los étimos de muchos de los topónimos de esta zona, incertidumbre que es particularmente marcada para el caso de los centros urbanos más importantes. Muchas de las hipótesis que se consideran a continuación se mantienen como provisionarias a pesar de su antigüedad.

Empecemos con los nombres de ciudades (trepidamos en proponer el seudocultismo “urbónimos”). La totalidad de ellos, desde **Arica** a **Chañaral**, provienen de lenguas precolombinas, a veces en combinación con el castellano y con fuerte preponderancia del quechua. Para el étimo de la primera se ha hablado del quechua y del aymara, a saber:

- (1) aymara ———> *ari* : “cosa nueva” + *ca* : “abertura”
(Asta-Buruaga 1899; Strube 1962);
- (2) quechua ———> participio de *ariy* : “estrenada”
(Armengol Valenzuela 1918 I: 45).

Ambas merecen dudas por su opacidad. Una tercera explicación alude al cacique “Ariacca, que gobernaba un territorio aproximadamente correspondiente al de la actual ciudad”, aunque no se ofrecen mayores detalles sobre tal cacique (Riso Patrón 1924: 46). Esta última propuesta ofrece la relativa ventaja de remitir la cuestión al terreno de la antroponomástica. Fuentes del siglo XVI mencionan la existencia “de un pueblo que se dice Ariaca de pescadores...” (fuente citada por Herrera Veas 1991: 78).

Al parecer, la actual ciudad “data desde antes de la conquista de los españoles, pues se refiere que el Inca Tahuar Huaca la hizo reconocer el año 1250” (Espinoza 1903: 77). Como primer dato de una tendencia que se manifestará con mayor fuerza más al sur, la historia consigna que “en documentos oficiales de la época Colonial se le denomina **San Marcos de Arica**” (Espinoza 1903:77). El hagiónimo se ha perdido y solamente ha quedado el vocablo autóctono, aunque se mantiene la oscuridad acerca de la lengua de origen.

Para **Pisagua** existen dos propuestas. Una de ellas habla de un término mixto quechua-castellano: *pisi*: ‘escaso’ + *agua* (Asta Buruaga 1899: 562) o bien *pisagua*: ‘falso, deficiente’ (Espinoza 1903: 90). Una segunda hipótesis se inclina por un étimo totalmente quechua: *pisi*: ‘poca’ + *ahua*: ‘urdimbre’ (Armengol Valenzuela 1918 II: 209). Hay coincidencia en resaltar el aporte quechua. Investigaciones posteriores ni adelantan nuevas interpretaciones ni dan antecedentes para decidir entre ambas alternativas.

Tres versiones buscan elucidar la etimología de **Iquique**. Para Asta Buruaga se trata de una expresión derivada de *Iqueique*, nombre primitivo del lugar, el cual “Se supone venir [...] de una palabra de sus idiomas equivalente a dormida en el camino” (Asta Buruaga 1899: 335). Este autor no identifica el idioma del supuesto topónimo original. El otro lexicólogo clásico (Armengol Valenzuela 1918 I: 394) plantea dos orígenes posibles, uno quechua (*iquiqui*: “caerse uno que duerme”), otro aymara (*iquiqui*: ‘mentiroso’). La cuasi coincidencia con Asta Buruaga permite inclinarse por un étimo quechua, en ausencia de nuevos antecedentes.

El quechua aparece nuevamente en el nombre de las dos ciudades más meridionales de la zona: **Taltal** y **Chañaral**. Para el primer topónimo, tanto Asta Buruaga como Armengol Valenzuela se inclinan por un étimo quechua *thaltal*, designación para un ave de rapiña. No existen propuestas para el segundo, aunque no es difícil postular un topónimo híbrido en el cual se combinan el quechuismo *chañar* ‘planta papilionácea’ (DRAE 1992) con el sufijo castellano de colectividad *-al* (‘sitio donde crecen determinados árboles o plantas’). Nótese que la presencia del castellano en **Chañaral** indica uno de los límites meridionales de la toponimia típica del Norte Grande.

Otro topónimo de posible origen quechua es **Tocopilla**. El elemento *-toco-* es sumamente productivo en la toponimia de la zona, ya que se encuentra en por lo menos 10 nombres de lugares, todos ellos al parecer exclusivos de Chile y ajenos al quechua. Las primeras versiones propuestas para dicho elemento parecían provenir de *t'ok'ol*: 'quebrada', *t'ok'ur*: 'zanja' y *t'ok'utur*: 'labrar un pozo' [sic]. Todas estas voces irradiarían de Atacama (Strube 1962:31), lo cual apuntaría a un origen kunza. Investigaciones más recientes se inclinan por el quechua:

- (3) *ttoco*: 'la ventana, la alacena' + *pilla*: 'escarabajo' (Lehnert 1966a, comunicación personal).

Hacia el interior el nombre de **Chuquicamata** es objeto de cierta coincidencia, ya que para dos estudiosos el origen sería quechua, ya sea 'dura lanza' (Asta Buruaga 1899: 247) o (más oscuramente) *chuq'i*: 'lanza' + *kamata*: 'nicotina glauca' [sic] (Strube 1962: 27). Una tercera alternativa nos remite al aymara, pero coincide parcialmente con las anteriores: *chuqui*: 'lanza' + *camatha*: 'medir' (Armengol Valenzuela 1918 I: 276). Un núcleo urbano menor, **Putre**, ha atraído la atención de solamente un lexicólogo (Armengol Valenzuela 1918 II: 259), quien sugiere un origen ya sea aymara (*phuti*) o quechua (*pputy*). Ambos apuntarían a un significado común: 'tristeza'. Los nombres de **Pica**, **Antofagasta** y **San Pedro de Atacama** serán considerados en la sección siguiente de este trabajo.

Pasemos a considerar la oronimia, para la cual la historia cultural de la región andina parece indicar un abundante aporte quechua. Sabemos de la importancia religiosa que los incas daban a las montañas y de la frecuencia de ritos que tenían lugar allí, muchos de los cuales se efectuaban a alturas que los europeos se demoraron cuatro siglos en alcanzar (Mason 1962, Mostny 1971, citados por Lehnert 1993: 6-7; Reinhard 1992). De aquí que no sorprenda la abundancia de orónimos quechuas. Resulta fácil constatar dicha abundancia: de 64 cumbres superiores a los 5.000 m snm entre los 17 y 27° Sur, solamente 12 tienen nombres castellanos. La Tabla 1 incluye una selección con los correspondientes étimos. Damos por entendido que dicha selección es apenas una mínima parte del total de orónimos quechuas, muchos de cuyos étimos aún esperan ser dilucidados.

Existe un posible quechuismo que ha alcanzado difusión mundial. Nos referimos al orónimo **Andes**, el cual designa un cordón montañoso de importancia tanto geográfica como cultural y del cual se han desprendido una variedad de topónimos en Chile. Una hipótesis temprana habla de un origen antroponímico: "unas familias de

Tabla 1
Oronimia quechua

Esta tabla incluye nombres quechuas para una selección de montañas superiores a los 5.000 metros.		
Orónimo	Etimología	Fuente
Tacora	<i>takuri</i> : 'inquietud, alboroto'	AB: 776
Caracani	<i>cara</i> : 'alimentarse'	AV I: 100
Cosapilla	<i>kosa</i> : 'marido' + <i>pilla</i> : 'escarabajo' —> 'escarabajo macho'	AV I: 165
Pomarape	<i>puma-raphi</i> : 'hoja del p.'	St: 29
Parinacota	(a) 'ladera de flamencos' (b) <i>parihuana</i> : 'flamenco' + <i>cocha</i> : 'agua'	AB: 518 AV II: 149
Chapiquiña	<i>chaupi</i> : 'medio' + <i>quiñay</i> : 'meter dentro'	AV I: 222
Llullayllaco	(a) 'el pensamiento, la memoria' + 'agua' (b) 'agua de mentira'	Leh I: 137 St: 28; Leh II: 7
Palpana	<i>pparpana</i> : 'pisón'	Leh II: 7
Incahuasi	'asiento del inca' ; 'casa del inca'	AB : 331, AV I: 391

Abreviaturas de fuentes: AB = Asta Buruaga 1899; AV I = Armengol Valenzuela 1918, vol. I; AV II = Armengol Valenzuela 1918, vol. II; Leh I = Lehnert 1978; Leh II = Lehnert 1992; St = Strube 1962.

indios que habitaban la pendiente oriental de esos montes en la parte de Bolivia". El término actual sería la forma castellanizada. Otro étimo posible estaría en la palabra *antu* : 'cobre o metal en general' (Asta Buruaga 1899: 32). La documentación para esta última alternativa ha sido detectada en Garcilaso. Otro lexicólogo la ha objetado, proponiendo un origen a partir de la palabra *inti* : 'sol', porque para la cultura quechua el cobre no tenía tanta importancia como el sol (Armengol Valenzuela 1918 I: 33). A pesar de estas diferencias, queda en pie el aporte del quechua a la toponimia internacional.

El límite sur de esta oronimia está demarcado con bastante claridad en el **Incahuasi** (27° 02' S, 68° 19' W), último orónimo mayor de origen quechua. Más hacia el sur prevalecen las voces castellanas junto con aportes de lenguas vernáculas distintas a las del Norte Grande. Esta transición demuestra claramente la forma como a cada región geoclimática corresponde una combinación específica de lengua dominante con lenguas vernáculas. Ya hubo oportunidad de verificar algo parecido para el caso de los nombres de núcleos urbanos.

OTROS APORTES AUTÓCTONOS

La Primera y Segunda Regiones (Norte Grande) tienen un muy antiguo historial de ocupación humana, el cual data posiblemente desde el año 10.000 a.C., y con fechas ciertas de hace 7.000 años (Arriaza 1995). Desde esta perspectiva, la incorporación a la República, la Conquista, e incluso la propia invasión incásica son episodios relativamente recientes; trátase entonces de una zona “la cual fue paso de culturas que, por lo general, transitaron de norte a sur” (Lehnert 1996b, comunicación personal). Por lo tanto, es de esperar que la toponimia haya retenido trazas de idiomas aparte de las lenguas imperiales (quechua y castellano). Ya las designaciones de algunas ciudades principales dan fe de ello.

Consideremos el caso de **Antofagasta**. Asta Buruaga no ofrece étimo y se limita a consignar que el nombre fue conferido por el Presidente Melgarejo como recuerdo de sus posesiones cerca de **Antofagasta de la Sierra**, en territorio argentino. Por su parte, Armengol Valenzuela indica una compleja derivación del quechua, como sigue:

- (4) *anta* : “cobre” + *pacacta* (participio) <— *pacac*: “esconder”
 —————> “el que esconde cobre”

Strube concuerda con Asta Buruaga en lo del origen histórico del término y agrega que no es ni aymara ni quechua sino que kakán, mas no indica etimología alguna aparte de sugerir que es “el más occidental topónimo de la lengua kakana” (Strube 1959: 6) y reiterar que se trata de una “voz diaguita como Antofalla puneña” (Strube 1962: 25). Datos más recientes confirman la interpretación de Strube, ya que “los topónimos en **-gasta** están conectados con baustismos [sic] diaguitas” (Quiroga Salcedo 1990:55). De hecho, este sufijo significa “pueblo, paradero, lugar” (Lehnert 1996a, comunicación personal). Eso sí, debemos recordar que **Antofagasta** es realmente un término trasplantado desde Argentina en época relativamente reciente (1870 aproximadamente, según Asta Buruaga) por una decisión personal del gobernante boliviano Mariano Melgarejo. No se trata pues de un paleotopónimo, sino que de un neotopónimo (Lehnert 1993:10). Habría que agregar que hasta fines del siglo XIX algunos autores consideraban necesario designar al puerto nortino como **Antofagasta de la Costa**, posiblemente para distinguirlo del original **Antofagasta de la Sierra** (Phillippi 1890: 334).

La evidencia final sobre un segundo sustrato ha sido presentada en un diccionario toponímico (Lehnert 1994), el cual incorpora 462 topónimos de origen kunza, buena parte de ellos vocablos de toponimia mayor. Para empezar, el término **Atacama** tiene vigencia para desig-

nar el desierto, el salar, la antigua provincia y la actual III Región. La etimología es algo incierta, ya que se barajan orígenes quechuas y aymaraes. Así, el topónimo original se encontraría en “un pueblo antiquísimo entre el río Vilama y el desierto de Atacama”, con un étimo último en el quechua *tacama* ‘pato negro’ más la *a* prefijo española (Armengol Valenzuela 1918 I: 48). Otra hipótesis menciona un indocumentado étimo aymara e invita una comparación con “Atacamez de Ecuador” (Strube 1962: 26). El diccionario aludido considera alternativas quechuas propuestas por otros autores, pero también incluye étimos del kunza, a saber,

- (5) a. *técar* ‘tener frío’ —> *tecama* ‘tengo frío’
 b. *Accatchámar sajnema* ‘voy a Atchcámar’ —> *atck-cámar*
 —> *atcámar* —> *atacama* (Lehnert 1994: 18-19).

A pesar de la incertidumbre, todos los autores coinciden en la antigüedad del topónimo, empezando por su asociación con el pueblo de **San Pedro de Atacama**, el cual ya existía (pero sin ese nombre) cuando Almagro pasó por allí en 1536. La comarca circundante parece haber tenido la denominación de **Atacama la Alta** o **Alta Atacama** (Asta Buruaga 1899: 720-721). Su iglesia data de 1557 (Lehnert 1993:2).

El étimo de **Calama** es polémico. Una propuesta temprana menciona al quechua *kallma* : ‘brote, renuevo, rama’ (Armengol Valenzuela 1918 I: 80). También se ha hablado del aymara *qallama* : ‘telar’ (Strube 1962: 26). Pero hipótesis más recientes inclinan la balanza en favor del kunza (Lehnert 1994: 22-23):

- (6) a. *cholam* : ‘perdiz’ + *ara* : ‘alojamiento’
 —> ‘sitio donde abundan las perdices’.
 b. *kala* : ‘amarillo’ —> *kalama* : ‘amarillar’
 —> ‘tierra que reverdece’.

Nótese que existe cierta similitud entre el étimo quechua planteado por Armengol Valenzuela y la propuesta (6) b.

Aunque detectables a nivel de toponimia mayor, las voces kunza tienden a concentrarse en “la llamada región atacameña” y lugares aledaños al E y NE en la actual provincia de El Loa (Rodríguez 1980: 422; Lehnert 1994: 14). Los mapas etnográficos son algo vagos al respecto, lo cual es comprensible (Tovar y Tovar 1984: mapa 1; ARCh 1970: 191; *National Geographic*, March 1982; Toledo y Zapater 1989: 326). Los más precisos son el segundo y el cuarto, los cuales delimitan la influencia kunza aproximadamente entre los 21° y 26° S y los 71° y 87° E, dentro del territorio chileno. Según esto, la cultura atacameña irradiaría su influencia en una extensión algo mayor que

la indicada por algunos estudiosos (Rodríguez 1980 y Lehnert 1994). Sin embargo, esta extensión no se ve reflejada en la toponimia mayor, con una posible excepción.

El bien conocido oasis y pueblo de **Pica** está situado más al norte de la zona de influencia atacameña, pero se ha atribuido un origen kunza al nombre: de *pik'an*: 'angosto' (Strube 1962: 29). Otros autores se inclinan por un origen quechua (Asta Buruaga 1899: 546; Armengol Valenzuela 1918 II:171). Aunque el topónimo no aparece en el diccionario kunza de Lehnert, la voz *pica* sí aparece con el significado de 'delgado, fresco' en el topónimo **Picachurfay** (Lehnert 1994: 51); el origen kunza recibe pues confirmación indirecta pero sugerente. Es bien posible que haya lugares más al norte y sur de la zona atacameña "canónica" que reflejen la mayor extensión sugerida en la cartografía etnográfica, pero ello demandaría un sondeo a escalas menores que las utilizadas en este trabajo.

En la zona que nos ocupa, el volcán **Isluga**, el río **Loa** y su lugar de origen, el volcán **Miño**, serían de procedencia no quechua. Para **Loa** se ha propuesto un origen aymara: "*luu* 'almuerzo', porque se reduce a poco antes de sumergirse en el mar" (Armengol Valenzuela 1918, vol. I: 431). Esta terminología es tan anecdótica que nos mereced dudas. Otro estudioso asigna este río, el volcán de origen y el volcán **Isluga** al uru-chipaya o chipaya-uru (Strube 1962), afirmación que ha sido modificada recientemente. En efecto, el volcán **Miño** sería de procedencia kunza (Lehnert 1994: 46); discusiones aún más recientes arrojan dudas sobre esta última adscripción.³ En cuanto a **Isluga**, su ubicación geográfica (y su ausencia del diccionario de Lehnert) parece confirmar (por ahora) la teoría de Strube. Este último lexicólogo detalla otras 54 voces de procedencia ni quechua ni aymara. Algunas no están circunscritas a la toponimia menor, como lo atestiguan los ejemplos mencionados.⁴

³ Existen dudas sobre la etimología uru-chipaya propuesta por Strube para el río y su volcán de origen, y parece recomendable no asignarlos a una lengua específica por el momento (Lehnert 1996a: comunicación personal). Para **Miño** la hipótesis kunza no es descartable, aunque tendríamos que extender nuevamente la esfera de influencia para esa lengua.

⁴ Dos análisis del español atacameño (Rodríguez, Véliz y Araya 1980 y Rodríguez 1980) destacan la escasa presencia del sustrato no-quechua/aymara. Limitados a la zona precordillerana de la II Región, estos estudios señalan voces prehispánicas que permanecen en el castellano local, para concluir que "la vigencia de la antigua lengua de los atacameños es hoy nula en las comunidades que sirvieron de asiento a esa cultura (Rodríguez 1980: 426). Tal conclusión ilustra lo dicho anteriormente: al destacar los nombres propios se dejan de lado los topónimos, cuyo uso sigue presente en la lengua local. Como ilustración baste el hecho de que tres de los cinco lugares encuestados por el profesor Rodríguez y sus colaboradores tienen nombres kunza (**Socaire**, **Camar** y **Talabre**) y un tercero es un híbrido castellano-kunza (**San Pedro de Atacama**). Solamente **Peine** lleva una designación de origen presumiblemente castellano.

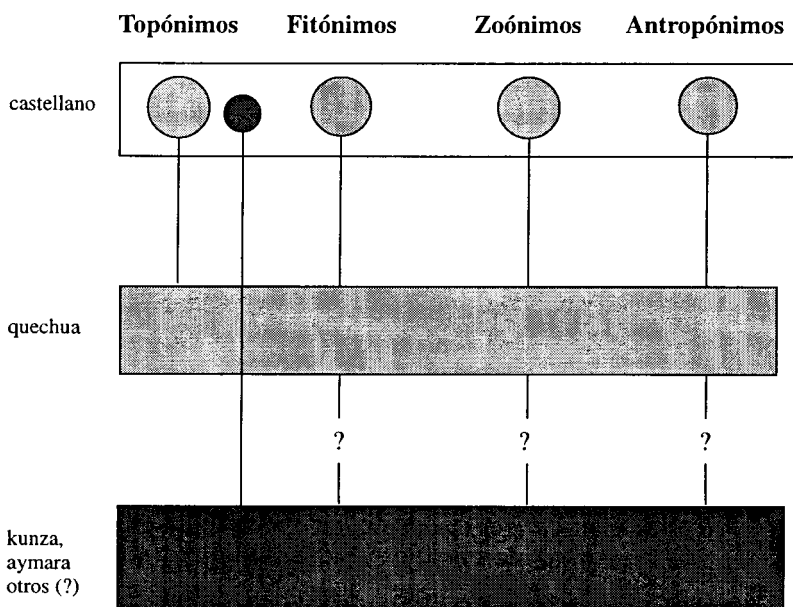
La Tabla 2 agrupa algunos topónimos kunza con sus etimologías respectivas, cuando ellas existen. Con prescindencia de variantes, e incertidumbres, el segundo sustrato queda definitivamente demostrado. De este modo, podemos tomar la **Figura 1** e introducir en ella las modificaciones que ilustren gráficamente las relaciones sustratales para el Norte Grande (ver **Figura 2**).

Queda por elucidar si la toponimia ha conservado restos de otros idiomas. Los datos de Strube así lo sugieren, y el propio Lehnert ha afirmado que su diccionario kunza “no excluye, naturalmente, la existencia de otras lenguas indígenas, anteriores a las que comentamos ...” (Lehnert 1994: 13). Tales lenguas podrían incluir al diaguita o kakana y al uru-chipaya, según Strube, y también al chango, etnia presente en importante sector costero desde el Norte Grande hasta el litoral central (Sáez Godoy 1962:8) y de la cual deberían quedar trazas en la toponimia (Tobar y Larrucea de Tobar 1984: 48 y mapa 1). El aymara también parece aportar a la toponimia, aunque los datos disponibles hacen difícil definir los alcances de dicha contribución (Lehnert 1996a., comunicación personal). De todos modos, en la Primera y Segunda regiones, un investigador del folklore (Plath 1994: 18) ha atribuido los siguientes nombres al aymara: **Azapa** (‘quebrada sana’), **Esquiña** (de *iquiña* : ‘pequeño’), **Mamiña** (‘pupila curada’, ‘niña de mis ojos’, ‘luz de mis ojos’) y **Payachatas** (‘dos paridos,

Tabla 2
El kunza en la toponimia del Norte
(Fuentes: Strube 1962; Lehnert 1994)

Topónimo	Geónimo	Equivalente castellano
Calama	ciudad	varios (Lehnert 22-23)
Camar	aldea	‘luna’ (Lehnert 23)
Jurique	cerro	‘lleno de <i>suri</i> (?)’ (Strube 28)
Lascar	volcán	‘lengua’ (Strube 28)
Licancabur	volcán	‘cerro del pueblo’ (Strube 28)
Linzor	volcán	sin equivalente conocido
Miscanti	cerro, lago	‘sapo’ (Strube 28)
Pica	oasis	‘angosto’ (Strube 29)
Sapaleri	cerro	‘lleno de extranjero’ (Strube 30)
Socaire	aldea	sin equivalente conocido
Talabre	aldea	sin equivalente conocido
Tarapacá	región	‘blanco’ (Strube 31)
Tatio	volcán	‘horno’, ‘aparecer’ (Lehnert 63)
Toconao	aldea	‘piedra, peña’ (Lehnert 64)
Topater	caserío	sin equivalente conocido

Figura 2
Relación actual entre el castellano y las lenguas autóctonas
para el Norte de Chile (nivel léxico)



mellizos'). Un estudio actualmente en curso sobre la patronimia chango puede empezar a aclarar el aporte de este último idioma (Lehnert 1996b, comunicación personal).

EL APOORTE DEL CASTELLANO

La evidente preponderancia cualitativa de voces autóctonas en la toponimia de la zona deja poco espacio para la lengua dominante. En efecto, los nombres castellanos parecen concentrarse en la costa para designar accidentes menores (puntillas, cabos, radas, caletas, etc.), ya en el umbral inferior de nuestra escala. Basta una rápida ojeada al litoral entre Arica y Chañaral para constatar la presencia de la lengua dominante.

Incluso los montes principales aledaños al océano ostentan nombres castellanos: **Punta Madrid**, **Cerro del Toro**, **Mejillones**, **Moreno**, por mencionar a los más notables. Que el agua puede no haber sido la única privación que sufrieron los esforzados exploradores de estos lugares queda demostrado por la frecuencia del sustantivo 'te-

tas': punta y cerro cerca de Antofagasta, más el lugarejo **Tetas de Copaquire**, por no mencionar el teratológico cerro **Tres Tetas**, todos ellos en la misma comarca.

Entre la costa y los contrafuertes andinos abundan los topónimos castellanos en los nombres de alturas principales, estaciones ferroviarias y cordones montañosos intermedios: **Sierra Amarilla**, **Sierra del Jardín** (¡en pleno Desierto de Atacama!), **Sierra del Muerto** y la importante **Cordillera de Domekyo**, esta última paralela a los Andes. Vale pues la generalización de que el castellano es numéricamente significativo, aunque limitado a lugares relativamente menores en comparación con la toponimia vernácula. Y pesar de la presencia más que centenaria del capital inglés y norteamericano en la zona, la toponimia de este origen no merece comentario especial.

El Norte Grande es escenario de un fenómeno curioso: la *extinción* de topónimos hispanos. En efecto, desde mediados del siglo XIX la explotación salitrera condujo a la fundación de numerosos pueblos, especialmente en la zona entre Pisagua e Iquique. Aquí existieron aproximadamente 116 oficinas, de las cuales solamente 17 tenían nombres autóctonos (Toledo y Zapater 1991: 121; ver también Espinoza 1903: mapa N° 6). Con el derrumbe de la industria a comienzos del siglo XX estos lugares fueron gradualmente abandonados, hasta el extremo de que solamente **María Elena** (fundada en 1926) y **Pedro de Valdivia** (fundada en 1930) sobreviven para representar decenas de topónimos extendidos por todo el Norte Grande. Se da así el caso inverso de lo observado para la región austral, en la cual la toponimia indígena ha sido desplazada por influencia del castellano, el inglés y, en menor escala, los idiomas de la ex-Yugoslavia (Contreras 1977, Toledo y Zapater 1991: 252).⁵

CONCLUSIONES

Para empezar, cabe preguntarse el porqué de esta preponderancia de voces autóctonas a pesar de cinco siglos de castellano como lengua dominante. Una de ellas parece clara: las sucesivas expediciones españolas desde el Perú tuvieron el efecto de llevar al quechua (en su

⁵ Estos geógrafos resumen el estado de cosas con dos mapas de la zona, uno que incluye las 116 oficinas existentes en 1885. Ninguna de ellas aparece en otro de la misma zona en 1985 (Toledo y Zapater 1989: 121). Por otra parte, muchos de los topónimos de 1885 aparecen en los mapas actuales, como el de la *Guía Turistel Norte 1994* (mapa 1b). Pero es válido considerarlos como topónimos desplazados, ya que se trata de verdaderos pueblos fantasmas, con poblaciones que van de insignificantes a inexistentes.

variante cuzqueña) a regiones todavía más lejanas que los propios incas habían logrado, alcanzando incluso hasta la zona de Valdivia (Hardman de Bautista 1982: 145, Bernal Lillo 1990: 66-68). También permitieron su coexistencia con el castellano. De aquí se derivó una situación trilingüe en el Norte Grande durante la Colonia: el castellano fue el idioma de la administración colonial, pero convivió con el quechua, *lingua franca* para los antiguos dominios incas, mientras que otros idiomas (el kunza, por ejemplo) se mantuvieron en el ámbito comunitario y familiar. No parece aventurado extender a buena parte del Norte Grande una situación bien documentada para la II Región (Lehnert 1993:2-3).

La toponimia autóctona se afianza definitivamente con el progresivo poblamiento de la zona por parte de Bolivia, Chile y Perú. Generaciones de exploradores y cateadores encuentran una toponimia más o menos establecida, la cual es aceptada por motivos estrictamente estratégicos y cartográficos. Se introducen adaptaciones solamente con la fundación de nuevos asentamientos; por ejemplo, las oficinas salitreras. Un proceso parecido ha sido propuesto para explicar la conservación de voces no-hispanas en Argentina, aunque aquí el proceso es lo contrario de lo observado en el Norte de Chile (Quiroga Salcedo 1994: 860-861).

En un contexto más amplio, los datos toponímicos que hemos estudiado aparecen relacionados con el esquema básico de lenguas en contacto. Ellos indican claramente que las relaciones entre lengua dominante y lenguas dominadas no son tan unidireccionales como pareciera a primera vista. En el Norte Grande, el contacto de siglos no ha hecho retroceder y desaparecer del todo a los idiomas vernáculos, sino que más bien ha asignado a ellos un rol limitado pero seguro dentro del dialecto de la lengua dominante. Esta bidireccionalidad, ya sugerida en los primeros análisis del contacto (Weinreich 1953 y Haugen 1972, citados por Stratford 1991: 97), ha sido bien documentada en el ámbito de los nombres comunes e incluso dentro de la sintaxis (Hardman de Bautista 1982: 150-155; Stratford 1991: 92-95). No obstante, cabe recordar que estos aportes están sujetos al desgaste producto de la lengua dominante operando a través de la educación y las comunicaciones. No es el caso de los topónimos vernáculos, para cuya supervivencia militan factores igualmente poderosos, como son la cartografía y las divisiones geopolíticas. La influencia de la lengua dominante no es ni absoluta ni permanente.

En resumen, los datos toponímicos aducidos para el Norte Grande indican con claridad que se trata de una región en la cual la toponimia ha conservado trazas de por lo menos tres niveles de culturas, a saber, la preincaica (kunza y otros idiomas), la incaica, la colonial (de

naturaleza bilingüe y hasta trilingüe) y la moderna (esta última ilustrada por las oficinas salitreras y por la divisiones geopolíticas dispuestas por los sucesivos gobiernos).

Evansville, Indiana, U. S. A.

BIBLIOGRAFÍA

- ARMENGOL VALENZUELA, Pedro. 1918. *Glosario etimológico de Nombres de Hombres, Animales, Plantas, Ríos, y Lugares, y de Vocablos incorporados en el Lenguaje vulgar, aborígenes de Chile, y de algún otro país americano*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria.
- ANRIQUE, Nicolás R., L. Ignacio Silva. 1902. *Ensayo de una bibliografía histórica y jeográfica de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona.
- ARRIAZA, Bernardo. 1995. "Chile's Chichorro Mummies." *National Geographic*, 187, 3, March 1995, 68-88.
- ASTA BURUAGA, Francisco Solano. 1899. *Diccionario geográfico de la República de Chile*. Segunda edición corregida y aumentada. Santiago de Chile: sin editor. ARCh = *Atlas de la República de Chile* (2ª edición). 1970. Santiago, Chile: Instituto Geográfico Militar.
- BERNALES LILLO, Mario. 1990. *Toponimia de Valdivia*. Temuco: Ediciones Universidad de la Frontera. Contreras, Constantino. 1977. "Toponimia aborígen magallánica: vigencia, extinción, sustitución". *Estudios Filológicos*, 12, 81-96.
- DRAE 1992 = *Diccionario de la lengua española*. Vigésima primera edición. Madrid: Real Academia Española, 1992.
- ESPIÑOZA, Enrique. 1903. *Jeografía descriptiva de la República de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona.
- Guía = Guía Turística Norte de Chile 1994*. Santiago, Chile: CTC.
- HARDMAN DE BAUTISTA, M.J. 1982. "The mutual influence of Spanish and the Andean languages". *Word*, 33, 1-2, 143-157.
- HERRERA VEAS, Juan A. 1991. "Reflexiones étnicas en torno a la costa de Arica". *Diálogo Andino* N° 10, 73-87.
- LEHNERT SANTANDER, Roberto. 1978. "Préstamos del quechua y castellano a la lengua kunza". *R.L.A. Revista de lingüística teórica y aplicada*, 16, 135-140.
- _____. 1993. "La toponimia quechua de la II Región". *Hombre y desierto* N° 6-7, 89-101.
- _____. 1994. *Diccionario de toponimia kunza*. Antofagasta: Universidad de Antofagasta, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- MONTES GIRALDO, José Joaquín. 1982. *Dialectología general e hispanoamericana: orientación teórica, metodológica y bibliográfica*. Bogotá: Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo.
- MORENO DE ALBA, José G. 1987. *Minucias del lenguaje*. México D.F.: Océano.
- QUIROGA SALCEDO, César E. 1990. Cuestiones de onomástica cuyana. Entre una lingüística andina y una filología amerindia". *Revista Argentina de Lingüística* 6 (2), 37-62.

- _____. 1991. "Períodos y características de la toponimia hispana de Argentina". En C. Hernández, G.P. Granda, C. Hoyo y otros (eds.). *El español de América: Actas del III Congreso de el Español en América*. Tomo 2. Junta de Castilla y León, 855-862.
- PHILLIPPI, R. A. 1890. "Die Eisenbahn von Antofagasta de la Costa nach Uyuni in Bolivien". *Globus*, LVIII, N° 21, 334sigs. Citado en Anrique y Silva 1902: 370.
- PLATH, Oreste. 1994. *Geografía del mito y la leyenda chilenos*. Santiago: Grijalbo.
- RABANALES, Ambrosio. 1981. "Perfil lingüístico de Chile". En H. Geckeler, B. Schlieben-Lange, J. Trabant, H. Weydt (eds.) *Logos Semantikos: Studia Linguistica in honorem Eugenio Coseriu 1921-1981*. Berlin, New York: Walter de Gruyter, Madrid: Editorial Gredos, 447-464.
- REINHARD, Johan. 1991. "Sacred Peaks of the Andes". *National Geographic*, 181, 3, March 1992, 84-11.
- RISO PATRÓN, Luis. 1924. *Diccionario jeográfico de Chile*. Santiago, Chile: Imprenta Universitaria.
- RODRÍGUEZ, Gustavo. 1980. "Efectos del sustrato en el español atacameño. Boletín de *Filología de la Universidad de Chile*, XXXI, 419-427.
- RODRÍGUEZ, Gustavo, M. Orieta Véliz y Angel Araya. 1980. "Particularidades lingüísticas del español atacameño". *Estudios Filológicos*, 13, 179-192.
- SÁEZ GODOY, Leopoldo. 1962. *Toponimia de Valparaíso*. Valparaíso: Universidad de Chile, Instituto Pedagógico.
- SALA, Marius, Dan Munteanu, Valeria Neagu Tudora, Sandru-Ulteanu. 1982. *El español de América*. Tomo 1: Léxico, parte primera. Bogotá, Colombia: Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, LX.
- STRATFORD, Billie D. 1991. "El castellano andino y la influencia del idioma y cultura aymara". *Diálogo Andino*, 10, 91-98.
- STRUBE ERDMAN, León. 1959. "Toponimia de Chile Septentrional (Norte Chico y Grande)". *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena*, 10, 6-10.
- STRUBE, R. P. Leon. 1962. "Toponimia atacameña: Extremo norte de Chile y Sur de Perú". *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena*, 12, 25-32.
- TOLEDO, Ximena y Eduardo Zapater. 1989. *Geografía general y regional de Chile*. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.
- TOVAR, Antonio, Consuelo Larrucea de Tovar. 1984. *Catálogo de las lenguas de América del Sur*. Madrid: Editorial Gredos.
- WAGNER, Claudio. 1982. "Las lenguas indígenas de Chile." *Studi si certari linguisticae* XXXIII, 2, 173-176.
- ZAMORA MUNNÉ, Juan C. y Jorge M. Guitart. 1982. *Dialectología hispanoamericana: teoría, descripción, historia*. Salamanca: Ediciones Almar.